



# CRECED

en la gracia y el conocimiento de nuestro  
Señor y Salvador Jesucristo. 2 Pedro 3:18

[www.creced.ch](http://www.creced.ch)

julio/agosto 2024

## Índice n° 4/2024

2	El ABC del cristiano	<i>W. Gschwind</i>
8	Los saduceos y la resurrección	<i>H. Smith</i>
9	Fortalécete con la gracia	<i>U. Furrer</i>
11	El cristiano y la familia	<i>M. Billeter</i>
15	El futuro de los creyentes en el cielo y sobre la tierra	<i>Adaptado del alemán</i>

La revista Creced tiene como meta la edificación y la enseñanza de los que, por gracia, pertenecen a Cristo. Se funda en la soberana autoridad de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios, la cual “es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. 2 Timoteo 3:16–17

Le recomendamos encarecidamente que tenga siempre a mano su Biblia para buscar en ella todas las citas indicadas en esta revista. Haciéndolo así, usted sacará mayor provecho de su lectura y podrá comprobar con la Palabra, única fuente de Verdad, la enseñanza dispensada. Seamos como los creyentes de Berea, los cuales “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. Hechos 17:11

# El ABC del cristiano

(Viene de la página 5 del n° 3/2024)

**Un collar que debería adornar a todo cristiano** (2 Pedro 1:1-11)

## *Lo que recibimos*

La segunda epístola de Pedro comienza enumerando los preciosos tesoros que todo cristiano nacido de nuevo ha recibido:

1) **Una fe** igualmente preciosa que la del propio apóstol (v. 1).

Esta fe es la mano con la que agarramos el conjunto de las verdades cristianas. Es preciosa, porque abarca todas las maravillas preparadas por Dios desde la eternidad para nosotros, los creyentes del periodo de la gracia. Aunque todavía no las veamos, ya nos pertenecen desde ahora y para siempre.

2) **Todas** las cosas que pertenecen a la **vida** y a la **piedad** (v. 3).

Se nos ha dado todo lo que necesitamos para manifestar la naturaleza divina aquí en la tierra, en nuestra vida práctica diaria, y para lograr una vida de piedad, una relación del alma con Dios caracterizada por la reverencia y la confianza. Pero atención, es el poder **divino** el que nos ha otorgado todo esto, para que progreseemos en la santidad práctica y alcancemos la

gloria. La fuerza moral inherente a la naturaleza humana corrupta no debe, ni puede, añadir **nada**.

3) Dios nos ha **dado preciosas y grandísimas promesas** (v. 4).

A diferencia de las promesas hechas a los padres, las que hemos recibido por medio de Cristo son “preciosas” y ya las podemos disfrutar en parte. Entre ellas se encuentran:

El don del **Espíritu Santo** de la promesa (Efesios 1:13; Gálatas 3:14; Hechos 1:4; 2:33), la promesa de la **vida** (2 Timoteo 1:1; Tito 1:2), la promesa de la **relación con Dios Padre** (2 Corintios 6:18; 7:1), la promesa de la **herencia eterna** (Hebreos 9:15), la promesa de la **venida del Señor** (2 Pedro 3:9-10), y finalmente la promesa de la **gloria venidera** (Romanos 8:18).

## *Somos participantes de la naturaleza divina*

La posesión de estas promesas, que son la porción del nuevo hombre, nos hace participantes de la naturaleza divina (2 Pedro 1:4). Esta expresión significa que en este mundo participamos de la **naturaleza moral de Dios**.

De este modo, hemos huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia. Se trata de un hecho consumado (“**habiendo huido**”), que ocurrió en la conversión. Desde entonces, nuestros pensamientos pueden moverse en una esfera

totalmente nueva, y así nos mantenemos prácticamente al margen de la corrupción que hay en el mundo.

El que no “es participante” de la naturaleza divina no puede lograr tales cosas. Encontramos un ejemplo en las personas citadas en 2 Pedro 2:20 que conocían el cristianismo sin ser verdaderamente salvos. Aparentemente, habían “escapado de las contaminaciones del mundo, por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo”. El conocimiento externo de las verdades cristianas las llevó a una cierta separación de las contaminaciones del mundo. Pero no mantuvieron esta separación, pues no procedía de la participación en la naturaleza divina. Sus corazones volvieron a lo que habían abandonado, mientras que el creyente **ha huído** de ello de una vez y para siempre. Por lo tanto, a partir de este momento, debe verse en él un progreso y un desarrollo en la manifestación práctica de esta participación en la naturaleza divina.

### *Dios nos llamó por su gloria y excelencia*

El primer carácter de nuestro llamamiento es la **gloria**. Fue el Dios de la **gloria** quien apareció a Abraham en Mesopotamia y lo llamó (Hechos 7:2). ¡Qué poderoso estímulo debe haber sido para él dejar su entorno idólatra, su país y sus parientes! Por la obediencia a la fe se puso en marcha, sabiendo que esta le llevaba a la gloria. No

la buscó en la tierra de Canaán, sino que dirigió su mirada a la gloria **celestial**, a “la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios” (Hebreos 11:10), y se gozó de que había de ver el día del Señor (Juan 8:56). Esta esperanza de la gloria le dio valor para avanzar y perseverar en el camino de la fe y superar las dificultades.

Pablo nos presenta otra imagen: **el estadio** (1 Corintios 9:24-25). Los atletas corren con la mirada puesta en la meta, pensando en el premio, la alegría y la gloria que le corresponderá al primero que la alcance. Su deseo es tan fuerte que se esfuerzan al máximo y soportan la intensa fatiga de la carrera. Ya de antemano, “de todo se abstienen”, privándose de aquello que pueda comprometer la victoria. Y, sin embargo, ¡solo es una corona corruptible!

El segundo carácter de nuestro llamamiento es, por tanto, la **virtud**. Si nos dejaran solos en la carrera hacia la gloria celestial, no podríamos alcanzar la meta, ya que el camino que tenemos por delante está lleno de dificultades. Pero **se nos ha** dado el Espíritu Santo, somos vestidos de “poder desde lo alto” (Lucas 24:49), para que podamos correr hacia adelante con energía espiritual, determinación y valor moral.

Leemos en Hebreos 12:1 que la separación del mal forma parte de

esta valentía moral: “Despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante”. Esta es una verdadera virtud, y el Señor nos ha dado un ejemplo perfecto de ella, como de todas las cosas. Afrontó toda resistencia del enemigo, se separó de cualquier forma de pecado —pecado que se le presentaba **desde fuera**— y finalmente sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, por el gozo puesto delante de él. ¡Qué virtud, qué energía espiritual incesante! Por la fe comenzó, continuó y completó su camino. Por eso se le otorgó una entrada triunfal en la gloria, amplia, generosa, e incomparable (2 Pedro 1:11); allí se alzaron ante él las “puertas eternas” (Salmo 24:7, 9).

### *Nuestra responsabilidad*

Ahora debemos considerar los siguientes puntos:

— Dios me ha dado, por su divino poder, todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad;

— me ha puesto en posesión de “grandísimas” promesas;

— me ha hecho participante de la naturaleza divina;

— y me llevará a su gloria al final de mi viaje.

¿Es apropiado tratar de escapar de mi responsabilidad con algún mal pretexto como «no puedo hacer nada, soy demasiado débil», excusando así mi infidelidad y mi

andar mundano? No, si Dios me ha dado tanto, espera que manifieste lo que he recibido, poniendo “toda diligencia” por esto mismo (2 Pedro 1:5). Uno no puede poseer estas cosas y ocultarlas. Ahora sí me parecerá «natural» hacer un collar, una cadena, con los maravillosos y preciosos caracteres de la naturaleza divina enumerados en los versículos 5 a 7, pues adornarán mi vida para gloria del Señor.

### *El collar de ocho eslabones*

*(2 Pedro 1:5-7)*

1) La **fe** es el primer eslabón de esta cadena. Porque solo por la fe el hombre recibe la vida de Dios. Sin este primer eslabón, no se puede añadir ningún otro.

En general, todas las características mencionadas en estos versículos dependen unas de otras. La naturaleza del creyente, dada por Dios, es como una planta cuya semilla ya contiene en germen todo lo que se desarrollará después. Para que una planta crezca en la naturaleza, necesita unas condiciones favorables: un entorno nutritivo, humedad, calor y luz. Del mismo modo, el cristiano es responsable de estar en condiciones de vida favorables, es decir, en presencia del Señor. Entonces, él mismo debe relacionar diligentemente las diversas características de la naturaleza divina entre sí y manifestarlas.

2) A la fe hay que añadir la **virtud** que ya hemos mencionado, es decir, la valentía moral, la energía y la determinación propias de la naturaleza divina. Esta es la que nos permite superar las dificultades que se nos presentan en una vida de obediencia y dependencia de Dios. Un cristiano que se contenta con una fe que le asegura un lugar en el cielo no ha entendido las razones por las que Dios le dejó en este mundo después de su conversión. Tal persona no tendrá energía, ni valor para superar las dificultades que Satanás y la carne levantarán para impedir que este ande y sirva al Señor fielmente. En Filipenses 3 encontramos un hermoso ejemplo de esta virtud. Pablo hizo una cosa: renunció a todo lo que podía retenerle y prosiguió a la meta que estaba delante, en la gloria (v. 13-14).

3) A la virtud el creyente le debe añadir **conocimiento**. Dios no puede comunicar sus pensamientos a quien no se esfuerza por separarse del mal en todas sus formas; porque la virtud se manifiesta en la santidad práctica. El progreso en el conocimiento está, pues, íntimamente ligado a un caminar santo y, por tanto, a la obediencia. El Señor se manifiesta a quien guarda sus mandamientos (Juan 14:21). El conocimiento de Dios es una luz creciente, que permite mostrar cada vez mejor la virtud. Es algo precioso para el

alma, pero al mismo tiempo fuego consumidor para todo lo que no es de Dios.

4) El conocimiento debe ir unido al **dominio propio**. El dominio propio es la capacidad de controlarnos. El conocimiento de los pensamientos de Dios revela las inclinaciones de la vieja naturaleza, y mediante la virtud (la fuerza y la energía del Espíritu) puedo dominarlas. La carne tiene miedo del dominio propio porque esto la priva de lo que ama. Lo vemos con el gobernador Félix, cuando Pablo le habló acerca de esto (Hechos 24:25), a pesar de que aún no estaba salvado. El apóstol, queriendo llegar a su conciencia, le dijo algo así: debes practicar la justicia y el dominio propio en lugar de vivir en pecado y ceder a los deseos de tu carne. Si no me escuchas, serás juzgado. Pero Félix no quiso seguir su consejo y lo despidió.

5) La capacidad de controlarse a sí mismo, de acuerdo con el conocimiento del pensamiento de Dios, se manifiesta en la abnegación; la voluntad se quiebra y esto produce la **paciencia** a la que debe conducir el dominio propio. Conscientes de que no podemos esperar nada de nosotros mismos ni de los demás, aprendemos a esperar en Dios. La paciencia es la capacidad necesaria que se le da al creyente para soportar todas las adversidades con el fin de proseguir a la meta.

Vemos que cada una de estas cosas solo puede añadirse a la otra cuando la anterior se ha llevado a cabo con celo y fidelidad. Entonces debemos mostrar el mismo esmero al sumar el siguiente eslabón al collar. A menudo cometemos el error de detenernos a mitad de camino. A Lot le faltó virtud, a Moisés le faltó paciencia, a David le faltó dominio propio, a Salomón le faltó piedad, etc.

A lo largo de todo el camino, la gloria que tenemos ante nosotros debe **atraernos**, y la virtud debe **impulsarnos**. Después de haber juntado fielmente cada eslabón del collar aquí en la tierra, solo faltará la gloria: Dios la añadirá en el cielo.

6) La paciencia nos permite soportar las penas del camino sin desanimarnos por las molestias que encontramos. Estas nos empujan hacia Dios, y nos hacen más conscientes de que lo necesitamos. Así es como la **piedad** se suma a la paciencia. Es la puesta en práctica de nuestra relación con Dios confiando solo en él, junto con el temor a desagradarle. Pablo exhortó a Timoteo a ejercitarse para la piedad, añadiendo: “la piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente, y de la verdadera” (1 Timoteo 4:7-8). Del mismo modo, señala: “Pero gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento” (6:6). Cuidémonos de no

tener solo una apariencia de piedad, de una relación con Dios y de servicio a él, si en realidad no tenemos la fuerza procedente de esa piedad.

7) La piedad, fruto de las verdaderas relaciones del alma **con Dios**, debe ir unida al **afecto fraternal**. Esto calienta nuestras relaciones **con los hermanos**, es decir, con todos los que han nacido de Dios. Quien carece de piedad también carece de afecto fraternal. Una persona así, siempre criticará a su hermano. La piedad nos lleva a ver a nuestros hermanos “en Cristo” como objetos del mismo amor del que nosotros mismos gozamos. “Todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él” (1 Juan 5:1). Desde el momento en que amamos a Jesús existe una relación tan íntima entre él y nosotros que también amamos a los que le pertenecen.

8) Por último, el **amor** debe coronar y adentrarse en todas estas cosas. El amor es el verdadero carácter de la naturaleza de Dios. Dios se manifestó en Cristo para mostrarnos su amor, a hombres débiles e impíos, a pecadores y enemigos (Romanos 5:6-10). Este amor tiene su motivo en sí mismo y nunca podrá ser dominado por lo que atraiga o rehuse la naturaleza humana. No tiene nada que ver con sentimientos de simpatía o antipatía. “No busca lo suyo” (1 Corintios 13:5).

Por esa razón, el amor debe añadirse al afecto fraternal (véase también Colosenses 3:12-14), porque en nuestra debilidad somos demasiado propensos a dejarnos influir por los defectos o las cualidades de nuestros hermanos, cuando se trata de mostrar afecto fraternal. Para el ejercicio de este amor no es necesario haber nacido de Dios, “porque también los pecadores aman a los que los aman” (Lucas 6:32).

El amor me llevará a acudir a mi hermano cuando algo le vaya mal, aunque me haya causado una injusticia. Me mueve a buscar su restauración, según las enseñanzas de la Palabra.

Ciertamente, el amor debe ser severo en ocasiones; no puede identificarse con el mal. No puede evitar hacer consciente de su pecado a un cristiano que camina en la desobediencia; se esforzará por llevarlo al juicio de sí mismo. De lo contrario, el amor asociaría el pecado con la naturaleza divina. Leemos en 1 Juan 5:2: “En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos”. Pero el pecado de mi hermano nunca debe impedirme amarlo.

### *Las consecuencias temporales y eternas*

El apóstol dice: “Si estas cosas están en vosotros, y abundan...”, hay consecuencias infinitamente

benditas para nosotros, ahora y para la eternidad:

1) Estas cosas “no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo” (2 Pedro 1:8). Creceremos en el conocimiento de su gloriosa persona, que debe ser la meta de nuestra vida. En lugar de seguir siendo hijitos, nos convertiremos en padres que conocen “al que es desde el principio” (1 Juan 2:13-14).

2) A través de ellas haréis firme vuestra vocación y elección (2 Pedro 1:10) en vuestros propios corazones, y os comportaréis ante vuestros hermanos y ante el mundo como personas elegidas (1 Tesalonicenses 1:4, 8-10).

3) “No caeréis jamás” (2 Pedro 1:10).

4) “Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (v. 11).

Queridos amigos, ¿no vale la pena poner todo nuestro afán en mostrar y montar cada eslabón de este collar?

(Continuará)

## Los saduceos y la resurrección

*“Dios no es Dios de muertos, sino Dios de vivos; así que vosotros (los saduceos) mucho erráis”*  
(Marcos 12:27).

La ignorancia de los saduceos se pone de manifiesto cuando se acercan al Señor para preguntarle. Eran los materialistas de la época y representan la incredulidad natural del hombre que confía en su propio juicio. Así, estos hombres perversos, burlándose, buscan oponerse a la verdad. Plantean un caso imaginario que, según ellos, demuestra lo absurdo de la resurrección: preguntan quién será el cónyuge, en el cielo, de una persona que se ha casado varias veces en la tierra. Si la Palabra de Dios hubiera hablado del matrimonio después de la resurrección, el caso imaginado por estos saduceos podría haber presentado una dificultad. Pero este no es así. Un creyente dijo con razón: «La fuerza de la incredulidad radica en que ve dificultades en casos imaginarios que nunca sucederán, y razona a partir de las cosas de los hombres para aplicarlas a las cosas de Dios».

No hay ningún versículo en la Biblia que diga que las relaciones terrenales continuarán en

el cielo. No seremos resucitados como esposos y esposas, padres e hijos. En ese aspecto, seremos **como ángeles**. No seremos ángeles, como algunas personas imaginan erróneamente, pero seremos **como ellos**, libres de todas las relaciones terrenales. El creyente se regocijará en las relaciones celestiales, mucho más allá de las relaciones temporales del estado presente.

Con respecto a la resurrección, el Señor muestra a los saduceos su ignorancia de las Escrituras. Habían citado a Moisés en un intento de demostrar que la enseñanza del Señor se oponía a las ordenanzas de la ley. Así que el Señor también cita a Moisés para mostrar la ignorancia de sus palabras: “Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob” (v. 26). Cuando Dios pronunció estas palabras, estos patriarcas habían muerto hacía tiempo. Sin embargo, Dios dice que sigue siendo su Dios. “Dios no es Dios de muertos, sino Dios de vivos”. Aunque sus cuerpos físicos estén muertos, siguen vivos en lo que respecta a sus espíritus, y resucitarán con cuerpos nuevos. Así, el Señor puede decir a los incrédulos de entonces y de ahora: “Así que vosotros mucho erráis”.

H. Smith



## Fortalécete con la gracia

*“Tú, pues, hijo mío, fortalécete con (versión francesa J.N.D.) la gracia que es en Cristo Jesús” (2 Timoteo 2:1).*

¿Quién de nosotros no ha sentido el deseo de ser bastante fuerte para denunciar lo que está mal, para enderezar lo que está torcido, para restablecer lo que está a punto de caer, o para cumplir con lo que parece a la vez necesario e imposible?

Pero, aunque tuviéramos la fuerza para hacerlo, nos faltaría lo esencial. Pablo anima a Timoteo, su hijo en la fe, a fortalecerse con la gracia que es en Cristo Jesús. Lo que el anciano apóstol deseaba para su joven colaborador en la obra del Señor era que encontrara en la gracia de Cristo el manantial de su fuerza y el modelo a seguir. En un periodo de decadencia, como en cualquier otro, el creyente no debe recurrir a una ley inflexible o al rigor implacable, sino a la gracia pura e incorruptible que es en Cristo Jesús.

¡Qué lejos estuvo Pedro de conseguir esto en Getsemaní! En su angustia, los discípulos preguntaron: “Señor, ¿heriremos a espada?” (Lucas 22:49). Sin esperar

respuesta, Pedro sacó su espada, hirió al siervo del sumo sacerdote y le cortó la oreja. Así actuó Pedro: desenvainando la espada. Pero qué diferente es el proceder del Señor: “Mete tu espada en la vaina” (Juan 18:11). Pedro tuvo que aprender a encontrar la fuerza en la gracia, en la gracia de su Maestro. El Señor inmediatamente le da ejemplo sanando la oreja de Malco.

Ni Jacobo ni Juan —a quienes el Señor llamaba “Hijos del trueno” (Marcos 3:17)— habían entendido aun lo que era la gracia. No sabían de qué espíritu eran cuando propusieron a su benigno Maestro enviar fuego desde el cielo a quienes lo rechazaban (Lucas 9:52-56). Pensaron quizás que esto causaría una fuerte impresión y haría recapacitar a la gente. ¡Cuán gran error! Tenían que aprender que el tiempo de gracia precede al tiempo de juicio, y que el Rey de Israel estaba dispuesto a ser rechazado; no tomó posesión de su reino por la fuerza, como hacen los poderosos de este mundo. Su reino tampoco es de este mundo al igual que él. Tiene el mismo carácter celestial. Por tanto, sus discípulos debían ser perfectos, como su Padre en el cielo es perfecto (véase Mateo 5:48); ¡debían ser fuertes en la gracia!

También pensamos en aquellos fariseos que, para prender a Jesús, le llevaron una mujer sorprendida en adulterio (Juan 8:3-11).

Se decían: si la declara culpable, contradice la gracia; si se niega a condenarla, se opone a la ley. Pero no se dieron cuenta de que estaban ante el Legislador y Juez, ante aquel que “prende a los sabios en la astucia de ellos” (Job 5:13). Y tuvieron que admitir su derrota por esta palabra sabia de la boca de Jesús: “El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella” (Juan 8:7). Porque cuando lo oyeron, salieron uno por uno, empezando por el más viejo y terminando por el último. Sus corazones eran duros como rocas e insensibles a la gracia. Pero la mujer pudo beneficiarse de “las palabras de gracia que salían de su boca” (véase Lucas 4:22), pues el Señor —sin cerrar los ojos ante sus pecados ni aprobarlos— le concedió la gracia: “Ni yo te condeno; vete, y no peques más” (Juan 8:11).

Nosotros también solemos a menudo hablar, discutir y criticar a nuestros hermanos. Pero, ¿basta con conocer lo que es justo y correcto? ¿basta con saber levantar un dedo de advertencia y apuntar con él lo que está fuera de lugar? ¿Hemos aprendido a fortalecernos en el manantial de la gracia, a ser fuertes en la gracia?

Alguien dirá: ¿no debemos aferrarnos a la verdad cueste lo que cueste? ¡Por supuesto, pero en amor! Pablo exhortó a los Efesios a seguir “la verdad en amor” (Efesios

4:15). Querer aferrarse a la verdad sin amor es tan erróneo como abandonar la verdad. Si el amor no es lo que impulsa nuestra conducta, todo se basa en el error. Y a la inversa, el amor sin la verdad no es el amor según Dios. Nuestro Dios nos pide aferrarnos a la verdad con amor. ¡Que Él nos conceda la gracia de fortalecernos en ella!

Si el Señor no nos lleva a su presencia inmediatamente después de nuestra conversión, si nos deja encontrar las dificultades y los sufrimientos de este mundo, es para que, paso a paso, crezcamos en su gracia y en su conocimiento (véase 2 Pedro 3:18). “Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia” (Juan 1:16). A menudo es por las dificultades de la vida que aprendemos a apreciar esta gracia. Por otra parte, Dios nos deja en la tierra como “hijos de luz” (Efesios 5:8), objetos de su gracia, para que representemos al Dios de gracia en medio de la oscuridad moral de este mundo. Si no lo hacemos, negamos su verdadero carácter y animamos a los que nos rodean a sacar la falsa conclusión de que tenemos un Señor severo.

¿Qué ven los hombres en nuestro comportamiento? ¿Cómo perciben nuestro lenguaje? ¿Es nuestra palabra “siempre con gracia, sazónada con sal” (Colosenses 4:6)? Ejercitémonos para que sea “buena para la necesaria edificación, a

fin de dar gracia a los oyentes” (Efesios 4:29).

Somos objeto de una inmensa gracia. Recordémoslo y reflejémoslo con los que nos rodean, con la misma generosidad, “para que, abundando la gracia por medio de muchos, la acción de gracias sobreabunde para gloria de Dios” (2 Corintios 4:15). Ojalá que nuestros semejantes nunca se lamenten a causa de nuestra dureza, como sucedió con los israelitas en Egipto. Más bien, que agradezcan a Dios por la gracia que podemos mostrarles en todas nuestras relaciones. La gracia se aprende viviendo en estrecha comunión con el Señor.

U. Furrer

## El cristiano y la familia

(Viene de la página 12 del n° 3/2024)

La casa cristiana:  
un testimonio para Dios en el mundo

Un testimonio ante los hombres

¿Hemos pensado alguna vez en el hecho de que podemos ser

un testimonio para Dios en este mundo, no solo personalmente, sino también con nuestros hogares y familias? Muchas personas de nuestros días no leen ni conocen la Biblia. Ignoran los principios de Dios sobre el matrimonio y la familia. Por eso son tan importantes los matrimonios verdaderamente cristianos. Al vivir los mandamientos de Dios en el matrimonio y la familia, somos un testimonio para Dios. Los hombres no pueden dejar de ver este testimonio. Pueden poner la Biblia a un lado y pasarla por alto, pero no pueden ignorar nuestro testimonio viviente.

En Mateo 5, el Señor Jesús habla de que somos “la luz del mundo” y “la sal de la tierra” (v. 13-14). ¿Cómo podemos ser la sal de la tierra? Mostrando que en nuestras relaciones terrenales —y esto incluye el matrimonio— respetamos el orden de la creación y los principios de Dios. Pero si vivimos en nuestras familias de acuerdo con las ideas de los hombres de este mundo, entonces la palabra del Señor es cierta: “Pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada?” (v. 13). El poder del Evangelio disminuye decisivamente cuando los cristianos dejan de vivir según los pensamientos de Dios en sus relaciones terrenales.

En Génesis 18 y 19, Dios nos muestra a dos familias que vivieron en una época muy similar a

la nuestra. Son las familias de Abraham y Lot. La familia de Lot vivía en el mundo, en Sodoma. Cuando Lot quiso dar testimonio del juicio venidero en estas circunstancias, solo se rieron de él. ¿Cuál fue la razón? No había mostrado ninguna diferencia en su comportamiento con las familias de Sodoma.

Fue muy diferente con la familia de Abraham. Se estableció con su casa según la norma de Dios, y por lo tanto su testimonio tuvo poder. Los habitantes incrédulos de la tierra le reconocieron como príncipe de Dios entre ellos (23:6). Muchos en su familia creyeron en Dios. Este fue el resultado de su caminar con Dios.

Pablo habla en 2 Corintios 3 de que somos carta de Cristo. Esta afirmación se aplica principalmente a los creyentes en su conjunto, pero también podemos aplicarla a nuestro tema, pensando en nuestras familias. Somos cartas de Cristo, conocidas y leídas por todos los hombres. Por tanto, no es indiferente cómo organicemos nuestro matrimonio y nuestra vida familiar.

### Tres principios divinos

Veamos ahora en primer lugar tres grandes principios divinos sobre el matrimonio y la familia, y observemos después con qué actitud de corazón podemos convertirlos en un testimonio para Dios.

## 1. La santidad del matrimonio

La principal tarea de todo matrimonio es mantener su santidad y hacerla visible. Para ello leemos en Marcos 10:6-9: “Pero al principio de la creación, varón y hembra los hizo Dios. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne; así que no son ya más dos, sino uno. Por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre”. Esta declaración del propio Señor Jesús es sumamente importante. Los puntos de vista de este mundo son diferentes y estamos influenciados por ellos. Por eso necesitamos orientarnos siempre en la Biblia.

### a) *El origen del matrimonio*

El Señor Jesús nos presenta en estos versículos tres puntos esenciales que nos muestran cómo se forma un matrimonio cristiano:

1) Un hombre deja a sus padres, es decir, se independiza y ya puede mantener a su propia familia. Cualquier otra cosa va en contra de los pensamientos de Dios. Si un hombre aún no es capaz de vivir de forma independiente, Dios no puede aprobar que mantenga relaciones casuales y amistosas con una mujer. La independencia no solo se refiere a la esfera económica/financiera, sino también a la espiritual. El principio de Dios es: Primero

cultiva tus campos, “y después edificarás tu casa” (Proverbios 24:27).

2) El hombre se unirá a su mujer, es decir, contraerá matrimonio con ella. Cuando el Señor une a un hombre y a una mujer, también quiere que se casen. El matrimonio no es un asunto secreto entre dos personas, sino una proclamación pública. El matrimonio público puede ser diferente en las distintas culturas. En nuestros países se celebra ante el registro civil, y por medio de la ceremonia matrimonial civil toma este carácter público. La promesa de matrimonio entre un hombre y una mujer no es todavía un matrimonio. Se trata de dos actos diferentes. En Génesis 24 vemos a Rebeca dando sus votos al siervo Isaac. Pasó bastante tiempo hasta que Isaac la trajo a la tienda de su madre por mujer y el matrimonio se consumó realmente.

3) Los dos serán una sola carne. Aquí el Señor Jesús habla de la unión sexual del hombre y la mujer en el matrimonio. El deseo el uno por el otro es algo grande que Dios como Creador ha puesto en los seres humanos. Todo lo que Dios ha dado es bueno, incluido el deseo del hombre por la mujer y viceversa. Por lo tanto, no deberíamos pensar poco en ello. Sin embargo, Dios ha reservado su realización exclusivamente para el matrimonio. Tal actitud puede parecer anticuada y pasada de moda a los ojos

de nuestros semejantes. Pero como hijos de Dios, también deberíamos ser testigos de Dios en este asunto. Las relaciones sexuales prematrimoniales son un pecado y perjudican mucho el testimonio de Dios.

Por desgracia, Satanás siempre está ahí y, como enemigo de Dios, quiere derribar los principios mencionados. No solo eso, él también intenta cambiar el orden. Pero el camino que nos muestra el Señor Jesús es importante. Resumámoslo de nuevo. Es: —**independencia** (económica y espiritual) —**matrimonio** —**unión sexual**.

#### *b) Adulterio y divorcio*

En Hebreos 13:4 se nos recuerda: “Honroso sea en todos el matrimonio”. Esto es lo que Dios valora. Incluso como cristianos, corremos el peligro de faltar el respeto a algo que es muy importante para Dios. El matrimonio es una unión según el espíritu, el alma y el cuerpo. En los tres ámbitos debemos cuidar el matrimonio, y lo hacemos viviendo y actuando según las directrices de Dios.

Luego sigue diciendo: “Y el lecho sin mancha”. Esto significa que no debe haber adulterio en el matrimonio. Queremos señalar esto con toda seriedad, pero también con todo amor. El adulterio es un pecado espantoso que se condena sistemáticamente en todas partes en la Biblia. Las consecuencias del

adulterio son terribles y a menudo duran toda la vida. Por eso queremos estar advertidos.

Que los que están comprometidos se animen a ser una luz para su Señor también en este asunto. Además debemos evitar exteriormente cualquier apariencia que pueda arrojar una falsa luz sobre nuestra relación como novios. Es mandato de todos los novios presentar los pensamientos de Dios también en esta relación.

En Marcos 10:9, el Señor Jesús continúa: “Por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre”. Este versículo —quizá deliberadamente— se malinterpreta a veces. Se dice que un matrimonio que no tuvo lugar “en el Señor” (1 Corintios 7:39) no es un pacto matrimonial hecho “en el cielo”. Por lo tanto, los dos tampoco fueron juntos por Dios. La consecuencia de esto es que en tales casos el divorcio está justificado. Pero este versículo no debe entenderse así. Por supuesto, hay matrimonios —también de cristianos— que no se contrajeron “en el Señor” sino por voluntad propia. Sin embargo, incluso tales matrimonios —cuando son reconocidos pública y oficialmente— son registrados en el cielo. Así, en este sentido, son matrimonios “que Dios juntó”. Este versículo se refiere al principio de que todo matrimonio está unido por Dios,

porque Dios ha establecido el matrimonio como una institución. Y este no debe ser separado por el hombre.

En un matrimonio cristiano, el pensamiento del divorcio no debería surgir, y si tristemente aparece a veces, debería ser juzgado. El divorcio es algo abominable a los ojos de Dios. Dios ya dijo en el Antiguo Testamento “que él aborrece el repudio” (Malaquías 2:16). ¿Acaso los que sufren en primer lugar no son los hijos? Esta es otra razón por la que no debería surgir el pensamiento del divorcio. Sin embargo, la razón principal es, como se ha dicho, que Dios aborrece el repudio.

En este contexto, no queremos pensar solo en un divorcio oficial, es decir, judicial. No olvidemos que la gente también lo ve cuando nosotros, como esposos cristianos, tomamos caminos separados interiormente y vivimos uno al lado del otro. El matrimonio debe ser una unión y no un alguien al lado del otro o incluso uno contra el otro. Pedro nos insta a los maridos a vivir con nuestras esposas sabiamente (1 Pedro 3:7). Esto tiene un lado exterior, pero también un lado interior. La voluntad de Dios es que permanezcamos juntos interiormente. No debería haber distanciamiento de corazones, como desgraciadamente se observa a menudo y como comprobará el

<sup>1</sup> El tema del divorcio y de las segundas bodas se tratará con más detalle en un artículo posterior.

mundo. Si notamos que nos alejamos interiormente, debemos buscar juntos el camino hacia el Señor y pedirle ayuda en la oración. Un matrimonio armonioso es un testimonio brillante para el Señor en este mundo.

(Continuará)

## El futuro de los creyentes en el cielo y sobre la tierra

### El paraíso de Dios

Para los creyentes que pasaron por la muerte —que durmieron— antes del retorno del Señor, el futuro en el cielo ya comenzó. Están “con” Jesús su Salvador, como el ladrón convertido (Lucas 23:42-43), “con Cristo”, el Señor glorificado “lo cual es muchísimo mejor” (Filipenses 1:23). “Ausentes del cuerpo” están “presentes al Señor” (2 Corintios 5:8). Están junto a Jesús, en compañía de todos los creyentes que durmieron antes que ellos.

### El arrebatamiento de los creyentes

“Los muertos en Cristo” serán resucitados a la venida del Señor (1 Tesalonicenses 4:16). Son todos

los creyentes “dormidos”, desde los tiempos del Antiguo y del Nuevo Testamento (véase Hebreos 11:40). En el mismo momento, los que estén vivos serán “transformados” (1 Corintios 15:51-52). El Señor dijo a sus discípulos que les iba a preparar un lugar “en la casa de mi Padre” introduciéndolos allí, junto a él (Juan 14:2-3).

Nos preparó este lugar por el cumplimiento perfecto de su obra y volvió como hombre allí donde estaba “antes que el mundo fuese” (Juan 17:5). Porque ahí se encuentra ahora como hombre glorificado, también lo estaremos nosotros, seres humanos, que Dios el Padre “escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor” (Efesios 1:4-5).

La expresión “casa de mi Padre” (Juan 14:2) concierne a los creyentes de la época de la gracia, ya que son ellos quienes conocen la relación de hijos de Dios. Sin embargo, los creyentes del Antiguo Testamento estarán con nosotros en el cielo, para rodear el trono (Apocalipsis 4:4, 10-11). Vestidos de ropas blancas y llevando coronas de oro —representados por los 24 ancianos— todos adoraremos a Aquel que está sentado en el trono. Juntos cantaremos también el cántico nuevo que exaltará a Aquel que es digno de tomar el libro y abrir los sellos (Apocalipsis 5:8-10).

## El tribunal de Cristo

Según Romanos 14:10 y 2 Corintios 5:10, todos nosotros compareceremos “ante el tribunal de Cristo” después de nuestro arrebatamiento al cielo. Con respecto a esto, notemos algunos puntos:

— El que ejerce la función de juez es “el Hijo del Hombre” (Juan 5:27), “aquel varón a quien designó” (Hechos 17:31).

— Compareceremos allí con cuerpos glorificados (Filipenses 3:21) y hechos “justicia de Dios” (2 Corintios 5:21).

— Esta escena tendrá lugar antes de las bodas del Cordero. Es parte de la preparación de la esposa para esas bodas (Apocalipsis 19:7).

— No debemos temer ese momento. El que cree “no vendrá a condenación” (Juan 5:24) porque Cristo llevó el peso del juicio de Dios contra nuestros pecados. Podemos tener “confianza en el día del juicio; pues como él es, así somos nosotros” (1 Juan 4:17). “Ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Romanos 8:1).

— El Señor aclarará todo y “manifestará las intenciones de los corazones” (1 Corintios 4:5). “De manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí” (Romanos 14:12).

— Entonces sabremos todas las cosas, conoceremos como

hemos sido conocidos (1 Corintios 13:12), y recibiremos una recompensa de Dios según lo que hemos hecho (2 Corintios 5:10).

— Hoy conduzcámonos de manera que no perdamos nuestra recompensa o nuestra corona ese día (Mateo 6:1; Apocalipsis 3:11) ni suframos pérdida (1 Corintios 3:15).

El pensar en ese día es un estímulo para nuestra conducta y servicio, especialmente para el trabajo evangélico (2 Corintios 5:9, 11).

## Las bodas del Cordero

(Apocalipsis 19:8-9)

El Cordero, el Señor Jesús, es la persona central de las bodas: ¿cómo podría ser de otra manera?

La Iglesia es la esposa (véase Efesios 5:22-23). A ella “se le ha concedido que se vista de lino fino”, que le es dado en testimonio de su conducta fiel: “porque el lino fino es las acciones justas de los santos” (Apocalipsis 19:8). Los creyentes del Antiguo Testamento están allí como los convidados.

## Los creyentes celestiales asociados al juicio

Justo antes del establecimiento del reino milenario, los creyentes ya en el cielo acompañarán al Señor cuando aparecerá como juez para destruir a sus enemigos (Apocalipsis 19:11-21). Estando ligados a Cristo,



esos creyentes estarán igualmente presentes en el juicio de los vivos que tendrá lugar al principio del reino de mil años (1 Corintios 6:2; Mateo 25:31-46). Los que comparecerán en ese momento son los hombres que habrán oído el evangelio del reino, siendo juzgados según la manera en que han tratado a los mensajeros de este evangelio.

### Los creyentes celestiales durante el reino de mil años

Durante este periodo, tres grupos de creyentes reinarán con Cristo desde el cielo sobre la tierra (Apocalipsis: 20:4-6):

1) Los creyentes perteneciendo a Cristo en el primer acto de su venida: “Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos” (v. 4). Son los creyentes del Antiguo Testamento y los del periodo de la Iglesia.

2) Los mártires del primer periodo de 3 años y medio después del arrebatamiento de los creyentes: “y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios”. Sus almas están vistas debajo del altar en el capítulo 6, versículos 9 y 10.

3) Los mártires del segundo periodo de 3 años y medio, la gran tribulación: “los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos” (v. 4).

Están mencionados también en Apocalipsis 6:11; 13:15; 14:13 y 15:2.

Los dos últimos grupos serán resucitados justo antes del reino de mil años. Su resurrección constituye el último acto de la “primera resurrección” (Apocalipsis 20:5-6).

### Los creyentes celestiales después del reino de mil años

Después del reino milenario se establecerá el **estado eterno** (Apocalipsis 21:1-4). En este estado definitivo, que no soportará ya más ningún cambio, la Iglesia ocupará siempre un lugar especial, diferenciada de los demás creyentes. Está presentada con el nombre “la santa ciudad” y “la nueva Jerusalén”. Desciende “del cielo, de Dios”, lo que indica que su origen y su vocación son celestiales. Ella está preparada “como una esposa ataviada para su marido”.

### Los creyentes sobre la tierra durante el reino de mil años

Después del arrebatamiento de los creyentes, Dios operará en los corazones de los hombres y suscitará una nueva generación de creyentes. En la semana 70 de Daniel 9 —una semana de años, es decir 7 años— Dios hará proclamar el evangelio del reino a todas

las naciones (Mateo 24:14). Lo hará por medio de judíos en cuyo corazón primero habrá trabajado y vendrán a ser sus testigos. Sin embargo, se nos dice claramente que los hombres que han rechazado el Evangelio de la gracia antes del rapto de los creyentes se perderán (2 Tesalonicenses 1:8-9; 2:10).

Son muchos los que habrán recibido, de entre los judíos y de las naciones, el evangelio del reino y se convertirán.

En Apocalipsis 7:1-8 encontramos 144.000 hombres de Israel “sellados”. Es un número simbólico. Serán protegidos durante esos tiempos difíciles y entrarán vivos en el reino milenar, con la excepción, tal vez, de algunos entre ellos que forman parte de los mártires mencionados arriba, siendo introducidos en el cielo.

En los versículos 9 a 17 aparece una gran multitud viniendo de las naciones. Ellos también han aceptado el evangelio del reino y entran vivos en este periodo de bendición.

Se trata también de esos creyentes en Mateo 25:31-46. Durante el juicio de los vivos, poco antes del principio del reino, el Señor se sentará sobre su trono y juzgará aquellos que están delante de él. Separará los unos de los otros como un pastor separa las ovejas de las cabras. Pondrá las ovejas a

su derecha, las bendecirá y hará de ellas los llamados herederos del reino, que les fue preparado desde la fundación del mundo.

En Apocalipsis 14:1-5 aparece otra compañía de 144.000 redimidos, teniendo el nombre de Cristo y el de su Padre escritos sobre sus frentes. Ellos siguen al Cordero a donde vaya y entran en el reino con él.

Durante el reino de mil años, sin duda que millones de personas nacerán e igualmente se les anunciará el evangelio del reino. También deberán convertirse. Los que lo hagan vivirán hasta el fin del reino. El gran resultado de la predicación del evangelio del reino está ilustrado por la pesca descrita en Juan 21:1-14.

## **El estado eterno**

Al final, todos los creyentes del reino serán transferidos a la nueva creación. Sobre la nueva tierra, en el estado eterno, no habrá más mar. La nueva creación es algo enteramente diferente de la creación actual. El mar es una imagen de la agitación que es un factor de divisiones (Isaías 57:20). Estas cosas no existirán más sobre la tierra nueva. Dios habitará con los hombres y borrará todo recuerdo de sufrimiento.

Adaptado del alemán

---

De esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

2 Pedro 1:11

---

Dios no es Dios de muertos, sino Dios de vivos.

Marcos 12:27

---

Tú, pues, hijo mío, esfuérzate en la gracia que es en Cristo Jesús.

2 Timoteo 2:1

---

Por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre.

Marcos 10:9

---

Nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor.

Efesios 1:4-5

---

## Novedad

- **El volumen encuadernado** en rústica de los años 2022-2023 de la revista *Creced* está disponible. Véase el precio en página siguiente.

---

## Publicación de edificación cristiana Creced

---

Se suele utilizar en las citas bíblicas la versión Valera 1960 o la versión Moderna (V.M.). Estas citas se encuentran entre “ ”.

**Suscripción:** La revista se envía a todo aquel que la solicite. Se sostiene con las oraciones, suscripciones y ofrendas de creyentes.

En caso de **cambio de dirección**, le rogamos que nos avise lo más pronto posible, comunicándonos tanto la nueva como la antigua en caracteres claros y legibles.

**Contacto:** Para cualquier información referente a Creced, o para solicitar la suscripción, debe dirigirse a la dirección siguiente: Creced, Les Pommerets 6, 2037 Montezillon (Suiza), por medio del sitio [www.creced.ch](http://www.creced.ch), o a través de la dirección de correo electrónico: [revista@creced.ch](mailto:revista@creced.ch).

Están a la venta los **20 volúmenes** encuadernados de la revista Creced, desde 1984-85 hasta 2022-23. Cada uno consta de 336 páginas. Indique claramente los años que desea recibir.

**Precio** (1 volumen): 10 \$ EE. UU. 10 EUR 10 CHF

Se aplicará un descuento de 15 % a quienes soliciten 5 volúmenes, de 20 % a partir de 10 volúmenes y de 25 % por la serie completa. Las librerías ya establecidas gozan de un mayor descuento.

Ofrecemos gratis el índice de los 20 primeros años de la revista Creced (1984-2003) a quienes compren los libros encuadernados o posean los fascículos de esos años.

### Medios de pago:

- PayPal: Usar el siguiente enlace: [PayPal.Me/paralarevistacreced](https://www.paypal.com/paralarevistacreced).
- Western Union: a nombre de Jean-Pierre Cuendet, Les Pommerets 6, 2037 Montezillon (Suiza).

En cualquiera de estos casos, es importante que nos avise lo antes posible a: [revista@creced.ch](mailto:revista@creced.ch), indicándonos sus nombres y apellidos, la suma que manda, la fecha del pago y el número del giro de Western Union.

- Alternativamente, se puede enviar billetes de \$ EE. UU. o de Euro en un sobre certificado.

Comité de redacción: J.-P. Cuendet (responsable), J. Perron, J.-C. Moinat, O. Perron

---

**Sitio web:** <http://www.creced.ch>

**E-mail:** [revista@creced.ch](mailto:revista@creced.ch)

---